

147. Homero empleó los inmensos tesoros de la suya en la versificación de la Iliada : todos los dialectos griegos se perfeccionaron entre sus manos, y contribuyeron á la magestad, variedad y abundancia de la diction de este poema. Cervántes no tuvo igual ensanche y libertad á causa de la respectiva escasez é imperfeccion de nuestra lengua, y de la corrupcion con que la hablaban algunos provinciales, y casi todos los autores caballerescos; pero no perdió la ocasion de imitar el lenguaje vizcaino, el provincial de la Mancha, y el idioma de la caballería andante, burlándose de ellos y enmendándolos con el remedo. Este discreto autor, no contento con proscribir las locuras caballerescas, quiso desterrar tambien su afectado y ridículo estilo.

148. El de las poesías que introduxo en el Quixote, es castigado, puro, y está exento de los defectos que tienen las composiciones de la Galatea. En ninguna otra cosa se descubre mejor la madurez y circunspeccion con que escribió el Quixote, que en los versos de esta fábula. En ellos supo templar su aficion y esforzar su número, usándolos con moderacion, trayéndolos oportunamente, y trabajándolos con mayor esmero y atencion que todos los demas de sus obras.

149. El Quixote es la mas á propósito, para conocer la perfeccion de nuestra lengua y la eloquencia de Cervántes. Si fuera lícito dexar correr el discurso libremente, y la razon no precisara ya á ponerle término, se haria una enumeracion individual de las virtudes, adornos y variedad de su estilo. Se presentarian aquí todas las figuras

de pensamiento y diction, vestidas con aquella gala y bizarría que tienen quando salen voluntariamente del regazo de la eloquencia, sin que las arranquen por fuerza de los senos de la retórica. Se descubriria la magestad con que se eleva en algunos lugares, la sencillez con que se acomoda á otros, y la nativa gracia con que los herмосea todos, y con esto se manifestaria juntamente, que es mucho mas fácil ampliar los elogios de este ilustre escritor que moderarlos.

150. La propiedad de su locucion, unida á la invencion y disposicion de la fábula, forman de sus varias partes un todo uniforme, variado, que excita la curiosidad, y es tan agradable, que lleva divertido y embelesado al lector, hasta ponerle en proporcion de aprovecharse con utilidad de su moral.

ARTÍCULO VII.

Discrecion y utilidad de la moral del Quixote.

151. Dos son los principales medios de propener á los hombres las verdades morales; los exemplos de las virtudes y vicios sacados de la Historia, y los consejos y preceptos para su imitacion ó desprecio, tomados de la Filosofia. La Fábula los abraza ámbos, y los anima y suaviza de modo, que su moral es superior á la de la Historia y Filosofia. Los exemplos que nos

propone la Historia son imperfectos, diminutos y carecen del alma que les da la Fábula, la qual los pinta no como se encuentran en la sociedad, ni como ordinariamente son, sino como deben ser, retratándolos con toda la propiedad y verosimilitud precisa para ser creídos, y dándoles todo el fondo y extension que necesitan para hacer mayor impresion en el ánimo de los lectores. El historiador solo puede copiar la virtud y el vicio hasta el término que le permiten sus originales, pero el fabulista retrata los hombres con un pincel libre, manifestándoles sin limitacion su debilidad, su grandeza, sus pasiones, sus vicios y sus virtudes, para mostrarnos de un golpe toda su hermosura ó deformidad, á fin de excitar nuestro amor, ó nuestro aborrecimiento.

152. La Filosofía se vale para corregirnos de preceptos y consejos: pero la fábula, sin disminuir en nada su fuerza, los mejora, solo con despojarlos del sobrecejo y sequedad del Pórtico. El velo de la ficcion templá los vehementes rayos de las verdades morales, proporcionándolos á la debilidad de nuestra vista; y la propension con que naturalmente anteponemos lo agradable á lo provechoso, sirve de medio para inducirnos á la práctica de las severas máximas de la Filosofía, proponiéndolas con todos los halagos de una insinuacion dulce, y con todos los adornos de una discreta persuasion. A la manera que un camino largó, pero suave, ameno y divertido, fatiga ménos y se anda con mas gusto, que una senda áspera y desabrida, aunque con-

duzca al término con mas brevedad, así perfecciona la Fábula las pinturas que la Historia dexa en bosquejo, y así tambien decora y viste las imágenes, cuyo desnudo esqueleto nos presenta la Filosofía.

153. Esta fuerza y discrecion con que se tratan las verdades morales en las fábulas, son las que causan su utilidad. La primera es mas precisa en las heroycas y la segunda en las burlescas. Los asuntos serios necesitan realce y los satíricos lenitivo.

154. De aquí nace la ventaja que tiene la moralidad de las fábulas burlescas. La sátira permite una cierta libertad para abultar sus objetos, y esta libertad corrige nuestras flaquezas y fixa nuestra curiosidad mejor que la seria é indeterminada moral de las Epopeyas. No hay cosa mas agradable á nuestros oídos, ni que hiera con mas fuerza al corazon humano, que el de la burla y la ironía, quando las sazona y templá la urbanidad.

155. Este es el dictámen de Horacio, el qual, como de un crítico tan sabio y juicioso, basta para autorizar la mayor utilidad del Quixote respecto á las fábulas heroycas, por la feliz y discreta eleccion que tuvo Cervántes en su objeto.

156. El mismo Horacio nos dexó encarecida la moral de Homero, graduándola por mejor y mas completa, que la de los célebres filósofos Crisipo y Crantor: elogio que prueba á un mismo tiempo el mérito del poeta Griego y la madurez y circunspeccion del Latino.

157. Entre los muchos autores, que se arro-

gan el derecho de calificar las obras útiles y provechosas, habrá quizá muy pocos que procedan con el tiento y juicio que Horacio. Este sabio poeta no se determinó á juzgar la Iliada y Odisea, hasta que las volvió á leer de propósito en el retiro de Preneste. Si le imitasen los que intentan formar juicio del Quixote, si leyeran ántes esta obra con reflexion é imparcialidad, moderarian tal vez sus censuras, y aplaudirian la discrecion de su moral y la utilidad de su enseñanza.

158. Lo cierto es, que el principal fin de Cervántes no fué divertir y entretener á sus lectores, como vulgarmente se cree. Valióse de este medio como de un lenitivo para templar la delicada sátira que hizo de las costumbres de su tiempo: sátira viva y animada; pero sin hiel y sin amargura: sátira suave y halagüeña; pero llena de avisos discretos y oportunos, dignos de la ingeniosa destreza de Sócrates, y tan distantes de la demasiada indulgencia, como de la austeridad nimia.

159. Por este útil y divertido camino conduce Cervántes á sus lectores, enseñándolos é instruyéndolos desde el principio hasta el fin de su fábula. Su principal objeto es la correccion de los vicios caballerescos. Este es el primero, pero no el único asunto de su moral. En ella se comprehenden tambien aquellos defectos, que, por ser mas freqüentes y perjudiciales á la sociedad y literatura, hicieron mayor impresion en el ánimo del autor, zeloso del bien de los hombres y en especial de los de su nacion. De

manera

manera que la moral de esta fábula no solo es útil por los varios objetos que abraza, sino tambien por la discrecion con que los reprehende, á medida del esfuerzo preciso para desarraigarlos del espíritu del vulgo.

160. Esto claramente se ve en la correccion de las extravagancias caballerescas, la qual sobresale mas y tiene mayor realce, quando se dirige contra las que el vulgo miraba como acciones heroycas; y es mas sencilla y natural, quando se propone por objeto aquellas que se oponian directamente á la Religion y á las leyes. Tal era la costumbre de invocar los caballeros á sus damas para que los socorriesen quando se veian en algun apuro, ó en peligro próximo de muerte: costumbre característica de los caballeros andantes, como evidencian las leyes de la Partida; pero costumbre enteramente contraria á la Religion y aun á la razon misma. Cervántes para corregirla haciéndola ridicula, se valió del coloquio de Don Quixote y Vivaldo (II. 176), en el qual este interlocutor manifiesta con una razon tan clara y sencilla que la expresada costumbre era indigna del christianismo, y propia solamente de idólatras y gentiles, que dexó mudo á Don Quixote, sin embargo del necio y porfiado teson con que se empeñaba siempre en sostener y llevar al cabo todos los abusos caballerescos.

161. Así debia suceder en este, que autorizaba á los caballeros andantes para consagrar sus errores, adorar sus imaginaciones, y persuadirse á que los atributos de la Divinidad existían en los objetos de su pasion ó de su fantasia. Ce-

r.

13

guedad mucho mayor que la del paganismo, pues este no ponía en el número de los inmortales sino aquellos pocos hombres que habían sobresalido entre los demás por medio de hechos heroicos, extraordinarios y maravillosos, cuando en la caballería andante se rendía este culto á las damas más débiles, menos estimables, y aun á veces fingidas y supuestas. Claro es que una costumbre tan vergonzosa y tan en oprobrio de la razón humana, no necesitaba, para hacerla despreciable y ridícula, más que una mera reflexión sencilla y natural, como la que Cervantes puso en boca de aquel discreto y festivo caballero.

162. Los que se preciaban de serlo, se creían exentos de la autoridad de las leyes, superiores á los Magistrados, y obligados á cubrir con su sombra y protección á todos los delinquentes y facinerosos. Por este raro capricho llegó la caballería á trastornar los pactos fundamentales de la sociedad, y á contagiar é inficionar con una generosidad falsa y aparente la parte más noble y más distinguida de la nación. Cervantes deseando arrancar de raíz un vicio tan general y nocivo, empleó las armas de la ironía, de la moral y del escarmiento.

163. En efecto la hazaña que emprendió y llevó al cabo Don Quixote, de dar libertad á los forzados que iban á galeras (III. 66), procedió de esta falsa generosidad; pero en su contexto y narración está bien patente la ridiculez de semejantes acciones, la injusticia de los que las emprendían, y el desayre á que quedaban expuestos, tanto por la autoridad de la Justicia, quanto

por la censura de las personas prudentes y juiciosas. Las prevenciones de Sancho á su amo luego que le manifestó este pensamiento (III. 54); la burla que hizo de él el Comisario quando se le propuso (III. 68); el desprecio, mofa é insulto con que correspondieron los galeotes á su beneficio (III. 70); la retirada dentro de Sierra Morena á que le precisó el rezelo y temor de la Santa Hermandad (III. 77); la seria y discreta reprehension del Cura (III. 250); la vergüenza que tuvo y el silencio que guardó Don Quixote al oírlo, y los retos necios é insensatos en que prorrumpió, quando Sancho le descubrió como autor de aquel atentado, retratan toda su deformidad con unos colores tan vivos, tan naturales y graciosos, que no es fácil hallar preservativo más oportuno para los que puedan adolecer de semejante extravagancia.

164. Nunca lo será la protección de la nobleza para con los afligidos y menesterosos, siempre que se gobierne por las leyes de la equidad y de la prudencia, y que anteceda el previo é indispensable conocimiento de los hechos y de las personas. Pero no era así la que inspiraba á los nobles el espíritu caballeresco. Este les incitaba á defender todo lo que se acogía baxo de su sombra, y á impugnar quanto se resistía á sus antojos, sin más exámen ni otro fundamento. Creían bien hecho todo lo que executase un caballero, y tenían por suficiente este título, para justificar qualquier crimen contrario á la razón y á las leyes, á las que solo les parecía que estaba sujeta la plebe. Así la falsa superstición de los

paganos adoraba en las aras de Júpiter los mismos atentados que castigaba con el último suplicio en los hombres.

165. De esta falta de discernimiento resultaba muchas veces, que la proteccion importuna de un caballero hacia mas infelices las personas á quienes intentaba amparar. Cervántes que conocia este vicio tan propio de la vanidad caballeresca, fingió con singular discrecion que Don Quixote habia principiado sus fechos de armas, libertando á su parecer á un muchacho del castigo injusto de su amo (II. 44); que salió ufano y triunfante del hecho, creyendo haber dado un felicísimo y alto principio á sus caballerías; y al fin que habiéndose encontrado despues con el mismo muchacho, y renovado su vanidad con la memoria de aquel suceso, quedó avergonzado y corrido, sabiendo que su proteccion solo habia servido de aumentarle á aquel infeliz la pena, el castigo y la desdicha (III. 284). Las naturales y sencillas reflexiones del muchacho, y la despedida que hizo entónces de Don Quixote, son una correccion muy oportuna y sabia, y una burla donosísima de los que se entrometen por puro capricho, por ligereza ó por vanidad, en asuntos que no les incumben.

166. Tal era el éxito que naturalmente debian tener todas las aventuras, todos los hechos caballerescos, y qualquiera reforma ó proteccion intentada por los que pretendian seguir el rumbo de la caballería andante. Todo debia ser extraño y ridículo, supuesta la constitucion que tenia ya entónces la Europa, donde aquella reforma y esta proteccion eran ya, como debian ser, pe-

culiares y privativas de los Soberanos y de los Magistrados.

167. De este ridículo y desgraciado éxito de las aventuras de Don Quixote infieren algunos, que el objeto de esta fábula es únicamente reprehender y ridiculizar la caballería andante, como defecto peculiar de la Nacion Española. Este parecer han seguido varios autores extrangeros, que, conforme á la debilidad del espíritu humano, han abrazado con gusto la ocasion de pintar ridiculamente la gravedad española, lisonjeándose de que han tomado sus colores de la paleta de Cervántes. Si fuese cierta esta objecion, se confesaria ingenuamente, anteponiendo la sinceridad al amor de la patria y á la estimacion de Cervántes; pero la verdad es, que el espíritu caballeresco era comun á toda Europa, y que Cervántes fué demasiado sabio para ignorarlo, y muy honrado para ser ingenioso en desdoro de su nacion.

168. Esta verdad notoria á los sabios, no puede hacerse patente y manifiesta á todos, sin subir hasta el origen de la caballería andante, y delinear por menor las costumbres de aquellos tiempos: asunto que han ilustrado varios autores célebres; pero asunto vasto, complicado é incompatible con el objeto de este discurso, donde solo puede darse una ligera idea de él.

169. Tres fuéron pues las causas que concurrieron al origen y progresos de la caballería andante en Europa; la legislacion de las Naciones septentrionales, el gobierno feudal, y la noble emulacion de las Cruzadas. En aquella legisla-

ción el abuso de las pruebas negativas en los juicios introduxo la purgacion por agua y hierro, y la incertidumbre de esta prueba precisó á recurrir al combate judicial, que se extendió á toda especie de acciones y demandas.

170. Todas se reduxéron á hechos, y estos hechos se decidian en un duelo. Para arreglarlos se establecieron leyes muy singulares y discretas, en las cuales estaba enlazada la locura del hecho con la racionalidad del derecho; de modo que de su monstruosa union resultó la caballería andante vestida de todas sus extravagancias, á la manera que salió armada Minerva del cerebro de Júpiter.

171. El gobierno feudal era un estado perpetuo de guerra y rapiña, en que las personas débiles y desarmadas estaban siempre expuestas á los insultos de la fuerza y de la violencia. Aquel zelo guerrero y generoso que empuñó á tanta muchedumbre de caballeros á tomar las armas, para defender á los peregrinos oprimidos, en la Palestina, aquel propio incitó á otros á proteger y vindicar la inocencia en Europa misma, reprimiendo la violencia de los poderosos, libertando los cautivos y vengando á las mugeres, á los huérfanos, á los Eclesiásticos y á todos aquellos que no podian por sí mismos tomar armas, para resistir á la fuerza abierta, ó para defenderse en el combate judicial.

172. De un objeto tan noble en su principio, tan preciso segun las circunstancias en que se hallaba la sociedad, tan útil á la mayor parte de los hombres y tan aplaudido por el valor,

humanidad, pundonor y justicia de los que le exercian, resultó la órden de caballería, órden de una gerarquía superior á todas las demas, pues que hasta los Reyes hacian vanidad de recibirla de mano de un caballero particular.

173. Las distinciones y prerogativas de la caballería inspiráron á varios hombres un fanatismo militar, que les induxo á emprender hechos muy extravagantes y desvariados. La ventaja que daban las armas ofensivas y defensivas de mayor fuerza y mejor temple, dió motivo al vulgo, que no penetraba ni inquiria la causa de aquella ventaja, para persuadirse á que procedia de encantamiento.

174. La idea de los campeones protectores de la virtud y hermosura de las mugeres conduxo á un galanteo ciego y desatinado, y de este modo fué la debilidad humana viciando poco á poco la órden de caballería, hasta degradarla al extremo de caballería andante.

175. Esta tuvo mayor auge, quando por haberse introducido una legislacion equitativa, y afirmádose el poder monárquico, se desterró el combate judicial y la odiosa desigualdad que resultaba de la anarquía feudal. Entónces que la órden de la caballería no podía subsistir como ántes, porque sus funciones eran peculiares de los Soberanos y Magistrados, no quedó otra ocupacion á los que querian hacer alarde de caballeros, sino entrometerse á reformar los particulares abusos, que les representaba como tales su antojo, su capricho, ó su pasion.

176. De aquí procedió y tomó cuerpo la ma-

nía caballeresca, que no pudo reprimirse, ni con la vigilancia de las leyes, ni con la autoridad soberana. De aquí el valor importuno y el galanteo idólatra, que se acreditaron mas y mas con el uso de las justas y torneos, y de los duelos particulares. De aquí finalmente un empeño continuo en impedir el curso de la justicia y substraerse de su poder, con otros excesos contrarios á la Religión, á las leyes y á la tranquilidad pública.

177. Las novelas caballerescas fomentaron estas ideas y trastornaron la fantasía de los lectores, pintándoles campeones imaginarios, caballos alados y dotados de inteligencia, hombres invisibles ó invulnerables, mágicos interesados en la gloria y reputación de los caballeros, palacios encantados y desencantados, y hazañas portentosas é increíbles.

178. Aquellos excesos y estas ideas fueron el primer objeto de la moral del Quixote, y eran comunes á España y á toda Europa aun en los siglos quince y diez y seis. Cervántes intentó desterrar aquellos excesos y los libros que los autorizaban, y lo intentó, sabiendo por experiencia propia, que su práctica y lectura era moda dentro y fuera de España, y que eran vicios de los hombres y no precisamente de los Españoles.

179. Por esto previno en el prólogo de su fábula, que su primero y principal fin era *derrubar la máquina mal fundada de los libros caballerescos, y deshacer la autoridad y cabida que tenían en el mundo y en el vulgo*; lo que igualmente confiesa su contrario Avellaneda; sin em-

bargo del empeño con que en todo lo demás le zahiere, moteja y reprehende; y por lo mismo procuró corregir los vicios á que inducía su lección, impugnándolos con las invencibles armas de la razón y de la ironía, abrazando todas las extravagancias caballerescas, y particularmente aquellas que se oponían directamente á las máximas de la Religión, de las leyes y de la sociedad.

180. Para combatirlas empieza Cervántes reprehendiendo irónicamente la preocupación de creer, que la formalidad sola de ceñirle á uno la espada otro caballero, bastaba para darle autoridad de usar de ella, sin otra causa que su voluntad y sin otros límites que los de su antojo. Á este fin pintando á su Héroe ya en campaña, dice que solo le hizo titubear en su propósito de ir por el mundo á buscar las aventuras, el pensamiento de que no estaba armado caballero (II. 15); mas para remediar esta falta propuso hacerse armar por el primer caballero que encontrase. Y como su fantasía fecunda en producir fantasmas caballerescos, se agitó con estos pensamientos, le representó como castillo una venta, como Castellano al ventero, como doncellas principales á unas ramerías, y como trompeta militar el cuerno de un porquero (II. 20). Las ridículas escenas que en esta venta sucedieron, ya quando Don Quixote suplicó al ventero que le armase, ya quando este le dió sus instrucciones sobre las cosas de que debía ir proveído, ya quando veló las armas en el patio, y ya quando se celebró la ceremonia de armarle caballero, son la mas gra-

ciosa y ridícula representación de las vanas y extravagantes exterioridades en que se fundaba la caballería andante.

181. Cierto es, que la costumbre de armar caballeros á los jóvenes, que iban á emprender el ejercicio de las armas en defensa de su patria y tal vez de la Religión, no se debe mirar como una ceremonia vana. Los que hacen estudio de impugnar á Cervántes y pintar como obra perjudicial su Quixote, en este y otros casos semejantes, procuran confundir la justa sátira que hace este autor del abuso de las cosas, con el desprecio ó impugnación de las cosas en sí. Pero los hombres juiciosos y desapasionados conocen desde luego con quanta delicadeza y tiento supo el autor ridiculizar los abusos, sin impugnar los usos fundados en la razón. En este, claro está, que la burla recae sobre la injusta costumbre de entrometerse un caballero particular á dar armas y facultad para usar de ellas á otro, sin mas autoridad que la de pedirselo á él el pretendiente. Los privilegios, las facultades y las distinciones solo son justas quando la autoridad legitima las confiere al mérito, y nunca pueden ser miradas con respeto las que por sí mismas se tomó la fuerza.

182. No es ménos digno de reprehension el abuso de las cosas sagradas, que censura nuestro autor en la vela de las armas que hizo Don Quixote. Todos saben que los buenos católicos han procurado en todos tiempos implorar la asistencia del Dios de las batallas en los lances dificultosos y arriesgados, en que iban á entrar por

su Religión, ó por su patria. Justo era tambien que el que emprendia la carrera militar con estos honrados y héroyeos designios, buscasse el valor y la prudencia necesaria para tan glorioso como arduo ejercicio en las bendiciones del Omnipotente; y así nada podia discurrirse mas acertado que las vigalias y velas de las armas, que hacian los pretendientes en las iglesias ó capillas la noche ántes de ser armados, como prescriben los antiguos estatutos de las Ordenes Militares, consagrando á Dios sus armas y personas. Pero quando esta facultad de armar caballeros se la tomaron personas, que ninguna autoridad tenian para ello, quando la dignidad de caballero se buscó como puerta, para poder oponerse á la Justicia, y como carácter que habilitaba al que le recibia, para emprender galanteos locos y aun casi idólatras, claro está que la vela de las armas era ya tentar á Dios, buscándole para apoyo de la maldad. Cervántes lleno de prudencia y de religion se burla de este abuso; pero para no profanar con las burlas los lugares sagrados, hace que la vela de Don Quixote sea en el patio, dando el ventero la excusa de estar caida la capilla.

183. Aquel mirar como cosa sagrada las armas de un caballero, á las quales ninguno podia tocar sin serlo, está graciosamente ridiculizado en la aventura de los arrieros, que iban á dar agua á sus rehas; y en la extraordinaria manía de Don Quixote, que quiso que en adelante se llamasen Don las dos doncellas que le habian ceñido la espada y calzado las espuelas, está

pintado con una graciosa ironía el capricho de mirar como dignas de la mayor atención todas las personas, ó cosas que tienen alguna relación con un caballero; capricho que ha autorizado á muchos, para que con el salvo conducto de una librea se atrevan á cometer desórdenes y á no respetar á la Justicia.

184. De un principio tan ageno de toda razón como dar facultades y preeminencias, quien ninguna autoridad tenía para darlas, y de unos campeones que empezaban la carrera de sus hazañas con la supersticiosa profanación de las cosas sagradas, solo podían esperarse atropellamientos injustos, trastorno de la sociedad, desprecio de las leyes, y una continua transgresión de la moral cristiana y de los primeros preceptos de nuestra Religión; pero cubiertos todos estos desórdenes con la brillante apariencia de procurar el bien de todos. En las varias y extrañas aventuras de Don Quixote se ven pintados todos estos abusos con tal viveza, que basta para detestarlos mirar en sus pinturas la vergonzosa ridiculez de los originales.

185. Á qualquiera le provoca á risa la extravagancia de Don Quixote en querer que unos hombres, á quienes casualmente encontró en el camino, confesasen que la hermosura de Dulcinea se aventajaba á la de todas las mugeres del mundo (II. 52), y esto sin que ellos la hubiesen visto, ni tuviesen la menor noticia de quien era. Á la verdad el que leyere este pasage, conocerá claramente que estaba loco quien tal disparate

pretendía. El mismo concepto formará tambien viendo el reto que en medio del camino de Zaragoza hizo á todos los que no quisiesen confesar, *que á todas las hermosuras y cortesías del mundo excedían las que se encerraban en las Ninfas habitadoras de aquellos prados y bosques, dexando á un lado á la Señora de su alma Dulcinea del Toboso* (VII. 166); y todos mirarán estos retos como tan disparatados, que se persuadirán á que solo pudieron existir en la fantasía de un poeta. Pero esto mismo que nos parece increíble por descabellado, es lo que encontramos celebrado en varias historias antiguas. El famoso Hernando del Pulgar en su libro de los *Claros Varones de España* ensalza hasta el extremo la famosa locura de Suero de Quiñónes en la defensa del paso de Órbigo, perpetuada en un libro intitulado *El Paso honroso*. El mismo Hernando del Pulgar, Coronista de los Reyes Católicos conoció á Don Gonzalo de Guzman, á Juan de Merlo, á Juan de Polanco, á Alfarañ de Vivero, á Pero Vázquez de Sayavedra, á Gutierre Quxada, á Diego de Varela y otros que se fueron por los Reynos extraños á hacer armas con qualquiera caballero que quisiese hacerlas con ellos, sin otro objeto que lo que llamaban ganar prez y honra. Ve aquí los originales que copió Cervantes en los ridículos retos de Don Quixote, y los que supo retratar con tal destreza, que conservando todos los caracteres en que se nota lo parecido de la copia, descubrió todo lo ridículo y despreciable de unas acciones, que, aunque prueban el valor de

quien las emprende, descubren al mismo tiempo el poco juicio de quien las imagina.

186. De aquí han querido inferir varios extranjeros, y aun algunos Españoles, que el Quixote destruyó las ideas del honor y extinguió el fuego marcial, que ardia como en su propia esfera en los corazones guerreros de los invencibles Españoles. Pero Cervántes, que habia pasado su juventud en la verdadera escuela del valor, que es la guerra: Cervántes, que, cargado de cadenas, habia sabido procurar su libertad y la de sus compañeros, con acciones las mas arrojadas que conserva en la historia de los siglos la memoria de los hombres: Cervántes, que, gloriándose de sus heridas, dixo, *que el soldado mas bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga*: Cervántes finalmente, que supo manejar con tanta libertad la espada como la pluma, así como conocia que la intrepidez del valiente soldado no debe detenerse por obstáculos ni riesgos, sabia tambien que el verdadero valor nace de la razon, y que no merece el nombre de valiente el que no gobierna sus acciones con la invariable regla de la justicia.

187. Los que han querido defender, que el espíritu caballeresco era útil para mantener la honradez en los nobles, el valor en los militares y el pundonor en las damas, parece que no tienen siquiera noticia de lo que son los libros de caballerías, pues basta su lectura, para conocer que estas monstruosas y perjudiciales novelas destruian el verdadero concepto de la honradez y de las obligaciones características de los nobles, que defiguraban la idea del valor, torciéndole á lo

injusto, y haciéndole degenerar en temeridad reprehensible, y finalmente que al paso que colocaban el pundonor de las damas en puras exterioridades, franqueaban la puerta para la disolucion mas abominable, enseñando tercerías, tratos clandestinos, robos y otras abominaciones, que doraban con solo pintarlas como executadas con esfuerzo ó con temeridad.

188. En los tiempos del gobierno feudal, en aquellos siglos en que no habia mas ley que la fuerza, es cierto que podian ser útiles los desfacedores de tuertos. Entónces podia decirse que esta expresion significaba las obligaciones de todo caballero empleado en defender á las viudas, proteger á los huérfanos, y defender á los injustamente perseguidos. Pero Cervántes escribió en un siglo en que ya establecidas en un pie respectable las Monarquías, habia en ellas leyes que prohibian estos desórdenes, Magistrados que cuidaban de la observancia de estas leyes y de proteger á los oprimidos, y finalmente Monarcas á quienes apelar de los agravios que pudiesen hacer los mismos Magistrados: siglo en que, segun toda razon, debian ser no solo inútiles, sino perjudiciales á la distribucion de la justicia esos hombres que á fuerza de armas quisiesen desfacer tuertos. Porque supongamos que los Magistrados faltasen á la distribucion de la justicia, y que el Soberano engañado cerrase los oídos á las quejas. Si en este lance (que es el mas estrecho que puede suponerse) saliesen esos hombres armados á restablecer la justicia, que no administraban ni los Magistrados, ni el Príncipe, el remedio de una

injusticia particular produciría innumerables injusticias.

189. Pero si por desfacedores de tuertos entendemos los caballeros ú hombres poderosos, que emplean su autoridad y poder en beneficio de los desvalidos, autorizando sus quejas en los tribunales, sirviéndose de su cercanía al trono, para que lleguen á los oídos de los Soberanos los ayes de los miserables, que suele apartar la adulación, y finalmente socorriendo sus necesidades con las copiosas sobras de sus rentas, no hay duda en que estos son utilísimos en el mundo; mas tambien es cierto, que ni eran estos los campeones celebrados en los libros de caballerías; ni los impugnados en el Quixote, y que por consiguiente su autor está libre del cargo que quieren hacerle, de haber despojado á la nobleza de los pensamientos heroicos y grandes, que hicieron eterna la gloria de sus progenitores.

190. Ni eran ménos contrarias las novelas caballerescas á la idea y concepto que debe formarse del verdadero valor, pues en ellas se destruian las justas causas que deben ponerle en ejercicio, substituyendo otras que son ilegítimas y viciosas. Se referian hechos que por increíbles en el órden natural eran incapaces de excitar á la imitacion, y así solo producian una admiracion inútil; y finalmente se recurría para las principales acciones á una especie de máquinas, que transformaban el valor en cobardía.

191. Quando el valor de los súbditos se ha reunido baxo la conducta de un Caudillo, ha producido sin duda las acciones mas gloriosas y mas útiles

útiles para el beneficio de los pueblos. Pero éste mismo esfuerzo separado y dividido en bandos y facciones particulares; que perjuicios, que destrozos, que ruinas no ha causado á las naciones? Pues si miramos con ojos filosóficos y desapasionados el origen de estos males, veremos que no ha sido otro, que el querer sostener la autoridad particular contra la pública y legítima.

192. Las fuerzas que tenian los particulares, y que habian servido para la defensa de los Estados, separadas de este digno objeto, se emplearon unas contra otras en daño de los mismos particulares y del comun. Cada uno porque era caballero y fuerte, creyó poder sostener sus derechos con sus armas, y canonizaron con el nombre de hechos valerosos las hostilidades cometidas contra sus mismos conciudadanos y las rebeliones contra sus Señores legítimos. En esto colocaban el valor las novelas caballerescas, pintando Héroe respetados por la fuerza de su brazo, Héroe á quienes los mismos Soberanos hacian la corte, creyendo que de su capricho dependia la firmeza de sus tronos; y que si los descontentaban, eran capaces con sus esfuerzos de reducirlos del alto estado de Reyes al miserable de mendigos.

193. Cervántes, que era mas filósofo de lo que muchos creen, descubriendo una de las principales fuentes de estos daños en el errado concepto que hacian formar del valor y mérito de los caballeros estas monstruosas novelas, reprehende este vicio, pintándole con toda su ridiculez, quando Don Quixote refiere á Sancho la llegada de un caballero á la Corte de un poderoso Rey

(III. 41), las distinciones que este le hace, y finalmente que el caballero le saca victorioso de sus enemigos, venciendo muchas batallas y ganando muchas ciudades. Pero ántes que Don Quixote haga esta menuda descripción de los heroicos hechos del caballero imaginario, tiene una conversación con Sancho, en la qual se da á conocer mas claramente el objeto de Cervántes. Propone Sancho á Don Quixote que en lugar de andarse por el mundo buscando las aventuras, se vayan á servir en la guerra á algun Emperador ó Príncipe, y le demuestra con razones sencillas, pero convincentes, que aquel era el medio mejor de acreditar su valor y alcanzar recompensas dignas. Don Quixote convencido con la fuerza de la verdad, le dice que tiene razon, pero le añade, *que ántes que se llegue á ese término, es menester andar por el mundo, como en aprobacion, buscando las aventuras.* Ve aquí pintado al vivo el desvariado concepto que tenian del valor y del modo de acreditarle. Antes de emplear el esfuerzo en el servicio y defensa de la patria, quiere adquirir nombre con aventuras injustas y perjudiciales. Si es este el espíritu que echan ménos los impugnadores del Quixote, desde luego les concederémos que Cervántes pretendió extinguirle. Pero sepan, que á pesar de sus discretas burlas ha durado largo tiempo esta desatinada creencia; que han sido menester muchas leyes y mucho rigor, para contener los frecuentes desafíos, que producia el arraigado error de querer acreditarse de valientes fuera de las campañas; que en España se ha disminuido mucho

este daño, no tanto por las sátiras de Cervántes, quanto por las sabias providencias de los Soberanos de la Casa de Borbon. y que sin embargo vemos aun lastimosamente en nuestros dias, que quieren acreditar su valentía en un duelo particular algunos, que quizá no son capaces de mostrarla al frente del enemigo.

194. No paraba aquí el perjuicio que las novelas caballerescas causaban al verdadero valor. Además de sacarle de su natural esfera, que es la guerra, y emplearle en acciones temerarias é injustas, le pintaban con tales colores, que al mismo tiempo que aparecia digno de la mayor admiracion, se descubria incapaz de ser imitado. Aquel ponerse un hombre solo delante de un ejército entero y desbaratar sus esquadrones, arrebatarle sus banderas y ganar una completa victoria, á qualquiera le parecerá, que mas es un milagro, que un hecho valeroso. El derribar las murallas de un castillo, arrancar las puertas de una torre y otras cosas semejantes, se miran como hechos de unos hombres de extraordinaria fuerza y muy distantes de la esfera de los demas hombres; y así ninguno puede pretender imitarlos, quando conoce por las experiencias cotidianas, que sus fuerzas son limitadas, y él incapaz de acabar empresas extraordinarias. Para que las hazañas que se nos refieren, nos provoquen á imitarlas, es necesario que las veamos en hombres como nosotros, y para esto es preciso que sean verosímiles.

195. El espíritu caballeresco no contento con atribuir estos hechos á los quiméricos Héroes de